

Tiempo de acogida

Vuelta a la escuela

Septiembre. Mes de la vuelta a la escuela, al cole, de millones de niños y adolescentes. De hacer caso a los medios de comunicación y a las vallas publicitarias, comenzar el curso escolar sería una cuestión de costes: el de los libros de texto y el del uniforme. Si con estas noticias del mundo educativo, los medios fuesen el “vivo reflejo” de lo que realmente preocupa e interesa a la gente, habría que pensar que, en este terreno, no hemos superado, como sociedad, el umbral del subdesarrollo.

Es innegable que este momento de la vida escolar tiene su lado mercantil, pero no deja de ser una frivolidad convertirlo en LA noticia, dejando al margen del debate educativo temas en los que realmente un país, una sociedad, unas familias, se juega el futuro de sus ciudadanos o hijos. El ajuste, o no, de nuestro sistema educativo a la mundialización, la educación, o no, de los alumnos para la ciudadanía, la incorporación seria, o no, de las tecnologías de la información y de la comunicación etc., etc.

Pero hay uno, también de calado hondo, cuyo abordaje tiene su especial oportunidad en el comienzo de curso. Desde el punto de vista de la llamada comunidad educativa, septiembre es, para la vida escolar, un tiempo de reencuentros, de acogidas: de alumnos, profesores y padres, entre sí y de unos con otros. No hay otro momento durante el curso que concentre más esperanzas y deseos renovados por parte de dicha comunidad. La salud del clima convivencial de un centro durante el curso depende, en buena medida, de la calidad de este tiempo de acogida.

Practicar una buena acogida, en una escuela, es, en primer lugar, intentar, por todos los medios posibles, que cualquier alumno, profesor o padre nuevos, o no tan nuevos, cuenten con otros alumnos, otros profesores u otros padres como referencia informativa y afectiva que neutralicen cualquier sentimiento de desprotección o de soledad inútil. Pero no acaba ahí. Una buena acogida es, en segundo lugar, establecer los cauces, fijar los tiempos, los lugares y los contenidos que faciliten, durante el curso, una comunicación y una colaboración fértil entre padres, profesores y alumnos que redunden en la mejor formación integral de estos últimos. Y corresponde a los “profesionales” de la educación (equipo directivo y profesorado) tomar la iniciativa.

Los primeros encuentros de profesores con padres al comienzo de curso no pueden quedarse en una información cerrada, unidireccional, protocolaria y que se agota en sí misma. Requiere la continuidad y la posibilidad de corresponsabilizarse y “codecidir” realmente en la vida educativa de sus hijos. Y eso comienza por definir los papeles de cada uno en la colaboración. Y eso implica que muchos profesores comiencen a ver esta participación de los padres como derecho y no como ingerencia.

No pueden reducirse los primeros encuentros con los alumnos a una letanía monologada del profesor sobre lo que tienen que hacer durante el curso y cómo deben hacerlo. Educar a alumnos autónomos, con sentido crítico, a ciudadanos y no a sumisos, requiere acordar con ellos formas de convivencia, grados de participación en la planificación de actividades y estrategias pedagógicas, atención diligente a sus diferencias, invitación al debate respetuoso, a corresponsabilizarse, en una palabra, en una gestión democrática del aula. Y no como simulacro o juego. A ser autónomo, crítico y ciudadano, como a hablar, o a andar, se aprende practicando.

Desde los primeros encuentros, los equipos de profesores deben apuntar al trabajo en equipo como objetivo primordial de su identidad profesional si de verdad quieren ser creíbles como interlocutores del resto de la comunidad educativa. Escuchar y respetar al compañero, evitar imponer, programar juntos, evaluarse juntos, acordar todo lo acordable respecto a la educación integral de los alumnos... son algunos modos de educarse en un trabajo en equipo que acabe con el sambenito de individualistas inveterados que arrastra –con bastante razón– esta profesión.

“Aprender a vivir juntos” es, según el Informe Delors, el cuarto pilar de la educación de los alumnos para el futuro. Imposible si los adultos no van por delante. ■